

El Catoblepas en la antigüedad: ¿fantasía o realidad?

The Catoblepas in antiquity: fantasy or reality?

AITOR FREÁN CAMPO

Área de Historia Antigua. Departamento de Historia. Universidad de Santiago de Compostela.

aitor.frean.campo@gmail.com

Recibido: 9/10/2019. Aceptado: 30/10/2019.

Cómo citar: Freán Campo, Aitor, "El Catoblepas en la antigüedad: ¿fantasía o realidad?", *Hispania Antiqua. Revista de Historia Antigua* XLIII (2019): páginas.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ha.XLIII.2019.246-257>

Resumen: Se propone un análisis exhaustivo de la figura del catoblepas en la antigüedad. Para ello se revisarán y se estudiarán las principales fuentes textuales de la época. La búsqueda de paralelismos en la fauna africana actual permitirá formular la conclusión de que, tras un relato de apariencia fantasmagórica, se esconde una posible descripción de una realidad biológica bien conocida en la actualidad: la fiebre catarral maligna propia, entre otros, de los ñus.

Palabras clave: Catoblepas; FCM; Imperio romano; Literatura romana; Ñu.

Abstract: It is proposed an exhaustive analysis of Catoblepas in antiquity. For this purpose, we will review and study each of the main textual sources of the period. The search for correspondences in the current African fauna will make it possible to formulate one conclusion: behind a tale of fanciful appearance, it is a possible description of a biological reality well known today: the malignant catarrhal fever typical of gnus, among others.

Keywords: Catoblepas; FCM; Gnu; Roman Empire; Roman Literature.

Sumario: 1. Objetivos y metodología. 2. El Catoblepas en las fuentes textuales de la antigüedad. 3. El Ñu y la fiebre catarral maligna (FCM). 4. Conclusiones.

Summary: 1. Objectives and methodology. 2. The Catoblepas in the ancient textual sources. 3. The Gnu and the Malignant Catarrh Fever (MCF). 4. Conclusions.

1. OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

El catoblepas no goza en la actualidad de la fama o el recuerdo de otras criaturas mitológicas y fantásticas de la antigüedad como el ave Fénix, el basilisco, el unicornio o el licántropo. De hecho, la imagen que podemos tener hoy en día de esta criatura dista bastante de la presente en la mentalidad de los ciudadanos del Imperio romano.

Desde la Edad Media hasta el siglo pasado, autores como Bartholomeus, Leonardo da Vinci, Topsell, Jonston, Flaubert o Borges han ido redefiniendo la imagen que la antigüedad legó del catoblepas hasta alcanzar una especie de búfalo negro con cabeza de cerdo, mirada constante hacia el suelo, sabedor de la letalidad de esta y, por ello, dotado de un carácter bondadoso, melancólico e, incluso, simple, al ser capaz de devorarse a sí mismo sin ser consciente de ello.

La interpretación y el uso del catoblepas en los últimos siglos ha sido la propia de un animal, en palabras de Vargas Llosa, “imposible”, y, en consecuencia, de un recurso literario ideal para expresar, fundamentalmente, tres tipos de metáforas: la del ser que se alimenta de sí mismo; la de aquel otro que analiza en profundidad y con obstinación su realidad terrenal y presente, y aquella que manifiesta el poder que otorga el levantar la mirada del suelo y observar, sin temor, lo que le negaban ver.

Con todo, más allá de la literatura, el catoblepas apenas ha despertado interés en el mundo académico por sus escasas referencias, la ambigüedad de sus descripciones y la dificultad de su interpretación más allá de una mera fantasía. En este sentido, su alusión en este ámbito se ha hecho tradicionalmente en vinculación con la temática del mal de ojo en la antigüedad (Alvar, 2010) o en relación con la nómina de criaturas fabulosas que circulaba por la imaginación de los ciudadanos romanos y que, posteriormente, alimentaría los bestiarios medievales de la cristiandad.

A lo largo de este breve trabajo trataremos de analizar en detalle la caracterización que la antigüedad ha legado de esta criatura a partir de cinco autores destacados: Mela, Plinio, Alejandro de Mindo, Solino y Eliano. El objetivo principal es contrastar, a partir del análisis de sus coincidencias y discrepancias debidamente contextualizadas, la hipótesis de que, tras un relato aparentemente fantástico que no alcanza la categoría de mito (Bascom, 1965: 4-5), se esconde una realidad biológica, inalcanzable para los conocimientos de la antigüedad, pero que hoy en día sí estamos en condiciones de definir.

2. EL CATOBLEPAS EN LAS FUENTES TEXTUALES DE LA ANTIGÜEDAD

Las referencias al catoblepas en la antigüedad son escasas y, en cierta medida, reiterativas. Todas coinciden en situar a la criatura en territorio africano, en un lugar próximo al nacimiento del río Nilo, y en

explicar su denominación como consecuencia de dirigir su mirada constantemente a la tierra. Mela, por ejemplo, tras describir el nacimiento y las fuentes del Nilo, afirma lo siguiente:

*Se cría entre éstos la “Catoblepa”, fiera no grande, pero que sostiene con dificultad una cabeza enorme, muy pesada y por esto con su boca muy inclinada hacia tierra; debe ser mencionada por su fuerza extraordinaria, porque, aunque no lucha nunca con acometidas y con mordiscos, es causa de muerte mirar sus ojos.*¹

Siguiendo la misma localización y en relación con la caracterización de animales igualmente extraordinarios como los *axis* y los *monocerotes*, Plinio ahonda en la descripción del animal y su singular poder:

*Entre los etíopes hesperios se halla la fuente Nigris, nacimiento del Nilo, según ha estimado la mayoría, como confirman los argumentos que hemos expuesto [Plin. Nat. 5. 52]. Junto a esta se encuentra una fiera llamada catoblepas, de tamaño mediano y débil en todos sus miembros, salvo en la cabeza, muy pesada, y a la que sostiene con dificultad –la lleva siempre humillada hacia tierra–; de otra forma es la pérdida de la especie humana, ya que todos los que han visto sus ojos han expirado instantáneamente.*²

De acuerdo con estos autores, de los que será deudor dos o tres siglos más tarde Solino (30. 22),³ estaríamos ante un ser de anatomía

¹ MELA. 3. 98. Traducción de C. Guzmán Arias (Murcia, 1989): *Ceterum spatio quo absconditur effici, ut hic alio cedere, ille aliunde videatur exurgere. catoblepas non grandis fera, verum grande et praegrave caput aegre sustinens, atque ob id in terram plurimum ore conversa apud hos gignitur, ob vim singularem magis etiam referenda, quod cum impetu morsuque nihil unquam saeviat, oculos eius vidisse mortiferum.*

² PLIN. Nat. 8. 77. Traducción de I. García Arribas (Madrid, 2010): *Apud Hesperios Aethiopas fons est Nigris, ut plerique existimavere, Nili caput, ut argumenta, quae diximus, persuadent. Iuxta hunc fera appellatur catoblepas, modica alioqui ceterisque membris iners, caput tantum praegrave aegre ferens. Id deiectum semper in terram; alias internicio humani generis, omnibus, qui oculos eius videre, confestim expirantibus.*

³ *Cerca del río Nigris nace el catoblepas, animal de poca presencia e indolente; lleva trabajosamente su cabeza, muy pesada; su mirada es pernicioso: en efecto, quienes han cruzado la vista con sus ojos, pierden súbitamente la vida.* Traducción de F. J. Fernández Nieto (Madrid, 2001): *Iuxta Nigrim fluvium catoblepas nascitur modica atque iners bestia, caput praegrave aegre ferens, aspectu pestilenti: nam qui in oculos eius offenderint, protinus vitam exuunt. formicae ibi ad formam canis maximi harenas*

frágil, incapaz de sostener el peso de su inmensa cabeza y con la capacidad de causar la muerte a toda persona que entrara en contacto visual con sus ojos. Con todo, en la misma centuria, Alejandro de Mindo, a través de Ateneo y su *Banquete de los eruditos*, hablaba con los siguientes términos de un ser que él denominaba *Gorgona*, pero que era conocida como *catoblepas*:

*Hablando de este tema, existen realmente unos seres capaces de convertir a los hombres en piedra, cuenta Alejandro de Mindo en el libro segundo de su Historia de las Bestias, de este modo: “La Gorgona es la criatura a la que lo númeridas de Libia llaman, allí donde existe, katoblepon (mira-abajo). Según aseguran los más, que lo dicen basándose en su piel, se parece a una oveja salvaje o, según afirman algunos, a un ternero. Cuentan que tiene un aliento poderoso, que mata a todo el que se tropieza con el animal. Lleva una crin que le cae desde la frente sobre los ojos; cuando, tras sacudirla con dificultad, debido a su peso, pone la vista en algo, mata a quien está expuesto a su contemplación, no por medio del aliento, sino por la descarga que surge de la naturaleza de sus ojos, y lo convierte en cadáver. Se supo del siguiente modo. Unos hombres que participaban en la expedición de Mario contra Yugurta vieron a la Gorgona, y pensaron que se trataba de una oveja salvaje, ya que tenía la cabeza inclinada hacia abajo y se movía torpemente. Así que se lanzaron contra ella, creyendo que la matarían con las espadas que tenían. Pero ella, atemorizada, sacudió la crin que estaba sobre sus ojos, y al instante dejó cadáveres a los que se habían precipitado contra ella. Cuando una y otra vez resultaron muertos los demás que hicieron lo mismo, sucumbiendo siempre al acercarse, algunos se informaron por los nativos sobre la naturaleza del animal. Urgidos por Mario, unos jinetes numidios le tendieron una emboscada desde lejos, la abatieron a flechazos, y volvieron trayendo la fiera ante el general”. Que esto fue efectivamente así lo certifican la piel y la expedición de Mario [...] Después que Ulpiano dijo esto, lo confirmó Larensio, y en consonancia con su relato les contó que Mario había enviado a Roma pieles de esos seres, que nadie había podido saber a qué animal correspondían, debido a lo extraordinario de su aspecto. Dichas pieles fueron depositadas en el templo de Heracles, donde los generales que obtienen el triunfo agasajan a los ciudadanos, como han relatado muchos poetas e historiadores nacionales.*⁴

aureas pedibus eruunt, quos leoninos habent: quas custodiunt, ne quis auferat, captantesque ad necem persequuntur.

⁴ ATHEN. 5. 221 b-f. Traducción de L. Rodríguez-Noriega Guillén (Madrid, 1998): *φρσιν ὁ Βυζάντιος Παρμένων, ἢ ἀπολελίθωσθε ὑπὸ τῶν προειρημένων Γοργόνων; περὶ*

Diferencias anatómicas aparte, lo interesante del testimonio de Alejandro de Mindo es la referencia inicial de que el catoblepas provoca la muerte a través de su aliento. En este punto del relato, sin saber si Ateneo sigue fielmente a Alejandro de Mindo o introduce nuevas fuentes o, tal vez, un recurso propio, lo cierto es que, inmediatamente después, esta afirmación es complementada o contradicha al señalar que la criatura mataría, “no por medio del aliento, sino por la descarga que surge de la naturaleza de sus ojos”. La propia denominación de *Gorgona* incidiría en este hecho, puesto que, como es sabido, estamos ante un término mitológico que, aunque puede aludir a cualquiera de las tres hijas de Forcis y Ceto, lo común es que se refiera a Medusa. Esta, entre otros atributos, se caracterizaba por poseer ojos chispeantes y una mirada penetrante capaz de convertir en piedra (ser inerte) a cualquier persona que la contemplara, acción que, por otra parte, sirve de introducción a la caracterización del catoblepas.

ὧν (ὡς) ὄντως γεγόνασιν τινα ζῶα ἀπολιθώσεως ἀνθρώποις αἴτια, ἱστορεῖ Ἀλέξανδρος ὁ Μύνδιος ἐν δευτέρῳ κτηνῶν ἱστορίας οὕτως· Τὴν γοργόνα τὸ ζῶον καλοῦσιν οἱ ἐν Λιβύῃ Νομάδες, ὅπου καὶ γίνεται, κατώβλεπον. Ἔστιν δέ, ὡς μὲν οἱ πλεῖστοι λέγουσιν ἐκ τῆς δορᾶς σημειούμενοι, προβάτω ἄγριῳ ὅμοιον, ὡς δ' ἐνιοὶ φασι, μόσχῳ. Ἔχειν δὲ λέγουσιν αὐτὸ τοιαύτην ἀναπνοὴν ὥστε πάντα τὸν ἐντυχόντα τῷ ζῷῳ διαφθερίζειν. Φέρειν δὲ χαίτην ἀπὸ τοῦ μετώπου καθειμένην ἐπὶ τοὺς ὀφθαλμούς, ἣν ὁπότεν μόγις διασεισαμένη διὰ τὴν βαρύτητα ἐμβλέψη, κτείνει τὸν ὑπ' αὐτῆς θεωρηθέντα οὐ τῷ πνεύματι, ἀλλὰ τῇ γιγνομένη ἀπὸ τῶν ὀμμάτων φύσεως φορᾶ καὶ νεκρὸν ποιεῖ. Ἐγνώσθη δὲ οὕτως. Τῶν μετὰ Μαρίου τινες ἐπὶ Ἰογόρθαν στρατευσαμένων ἰδόντες τὴν γοργόνα δόξαντες τε διὰ τὸ κάτω νενευκῆναι βραδέως τε κινεῖσθαι ἄγριον εἶναι πρόβατον ὠρμησαν ἐπ' αὐτὸ ὡς κατεργασόμενοι οἷς εἶχον ζῆφεισι. Τὸ δὲ πτοηθὲν διασεισάμενόν τε τὴν τοῖς ὀμμασιν ἐπικειμένην χαίτην παραχρῆμα ἐποίησε τοὺς ὀρμησαντας ἐπ' αὐτὸ νεκρούς. Πάλιν δὲ καὶ πάλιν τὸ αὐτὸ ποιησάντων ἑτέρων νεκρῶν τε γενηθέντων, ἀεὶ τῶν προσφερομένων ἀπολλυμένων, ἱστορήσαντες τινες παρὰ τῶν ἐπιχωρίων τὴν τοῦ ζῷου φύσιν, μακρόθεν ἐνεδρεῦσαντες αὐτὸ ἰππῆς τινες Νομάδες Μαρίου κελεύσαντος κατηκόντισαν ἥκόν τε φέροντες πρὸς τὸν στρατηγὸν τὸ θηρίον. Τοῦτο μὲν οὖν ὡς ἦν ἄρα τοιοῦτο ἢ δορὰ ἢ τε Μαρίου στρατεία μὲνυει· ἐκεῖνο μὲντοι τὸ λεγόμενον ὑπὸ τοῦ ἱστοριογράφου οὐκ ἔστι πιστόν, ὡς εἰσὶ τινες κατὰ τὴν Λιβύην ὀπισθονόμοι καλούμενοι βόες διὰ τὸ μὴ ἔμπροσθεν αὐτοὺς πορευομένους νέμεσθαι, ἀλλ' εἰς τοῦπίσω ὑποχωροῦντας τοῦτο ποιεῖν· εἶναι γὰρ αὐτοῖς ἐμπόδιον πρὸς τὴν τοῦ κατὰ φύσιν νομῆν τὰ κέρατα οὐκ ἄνω ἀνακεκυφῶτα, καθάπερ τὰ τῶν λοιπῶν ζῶων, ἀλλὰ κάτω νενευκῶτα καὶ ἐπισκοτοῦντα τοῖς ὀμμασι. Τοῦτο γὰρ ἄπιστόν ἐστιν, οὐδενὸς ἑτέρου ἐπιμαρτυροῦντος ἱστορικοῦ. Ταῦτα τοῦ Οὐλλιανοῦ εἰπόντος ἐπιμαρτυρῶν ὁ Λαρήνσιος καὶ συγκατατιθέμενος τῷ λόγῳ ἔφη τὸν Μάριον τῶν ζῶων τούτων δορὰς εἰς τὴν Ῥώμην ἀναπεπομφέναι, ἃς μηδένα εἰκάσαι δεδυνῆσθαι τίνος εἰσὶ διὰ τὸ παράδοξόν τῆς ὄψεως· ἀνατεθεῖσθαι τε τὰς δορὰς ταύτας ἐν τῷ τοῦ Ἡρακλέους ἱερῷ, ἐν ᾧ οἱ τοὺς θριάμβους κατάγοντες στρατηγοὶ ἐστιῶσι τοὺς πολίτας.

A nuestro entender, hemos de suponer que existe un matiz que diferenciaría la versión de Alejandro de Mindo de la de los autores anteriores en lo que a la muerte provocada por la mirada del animal se refiere: en Mela, Plinio y, posteriormente, en Solino, se intuye una cierta pasividad a la hora de ocasionar la muerte, mientras que en Ateneo se muestra a un catoblepas que es consciente de su poder y lo emplea deliberadamente cuando, por ejemplo, se ve acorralado por los soldados de Mario.

Con todo, habrá que esperar a la transición del siglo II al III para que Eliano amplíe la información que nos ha legado la antigüedad sobre este ser con un testimonio que profundiza en las diferencias que intuíamos entre Alejandro de Mindo, Plinio, Mela y Solino:

Libia cría muchas y diversas bestias salvajes e, incluso, parece que cría la bestia llamada catoblepon. Su aspecto recuerda el del toro, pero manifiesta una expresión más torva. Tiene las cejas altas y pobladas y, debajo de ellas, tiene unos ojos no tan rasgados como los del toro, sino pequeños y sanguinolentos. No miran de frente, sino a la tierra, y por eso se les llama catoblepon. Una melena parecida a las crines del caballo y que arranca de lo alto de la cabeza cae por la frente cubriendo su rostro, y esto infunde un terror más grande en la persona que se encuentra con él. Se alimenta de raíces venenosas. Cuando mira torvamente, como un toro, se estremece al instante y yergue la melena y, puesta ésta en erección y despejados sus belfos, exhala a través del garguero un aliento acre y maloliente que llega a contaminar el aire que está sobre la cabeza, y los animales que se acercan y lo aspiran se ponen gravemente enfermos, y se quedan afónicos y aquejados de convulsiones mortales. Esta bestia tiene conciencia de su poder. Lo conocen también los animales y huyen de él lo más lejos posible.⁵

⁵ AIL. Anim. 7. 5. Traducción de J. M. Díaz-Regañón López (Madrid, 1984): *Ἡ γῆ ἢ Λίβυσσα πολλῶν καὶ ποικίλων θηρίων γόνιμός ἐστι, καὶ μέντοι καὶ τὸ κατώβλεπον οὕτω καλούμενον καὶ αὐτὸ ἢ αὐτῆ ἔοικε τίκτειν. καὶ ταύρω μὲν ἐστὶ παραπλήσιον ὅσα ἰδεῖν, τὴν δὲ ὄψιν δοκεῖ βλοσυρότερον. ὑψηλαὶ μὲν γὰρ αἱ ὀφρύνες αὐτῷ καὶ δασεῖαι, οἱ δὲ ὀφθαλμοὶ ὑπόκεινται οὐ μάλα τι κατὰ τοὺς βοῶν μεγάλοι, βραχύτεροι δὲ καὶ ὕφαιμοι· καὶ ὀρῶσιν οὐκ εὐθύωρον, ἀλλὰ ἐς τὴν γῆν, ἔνθεν τοι καὶ κέκληται κατώβλεπον. λόφος δὲ ἄρα ἄνωθεν ἐκ τῆς κορυφῆς ἀρξάμενος αὐτῷ καὶ ἰππεῖα τριχὶ παραπλήσιος διὰ τοῦ μετώπου κάτεισι, καὶ τὸ πρόσωπόν οἱ καταλαμβάνει, καὶ ἐργάζεται φοβερώτερον τῷ ἐντυχόντι. σιτεῖται δὲ ἄρα ρίζας θανατηφόρους. ἐπειδὴν δὲ ὑποβλέψη ταυρηδόν, φρίττει μὲν παραχρῆμα καὶ ἐγείρει τὴν λοφιάν· ὑπανισταμένης δὲ ἄρα ταύτης καὶ ὀρθουμένης καὶ γυμνουμένων τῶν περὶ τὸ στόμα χειλῶν, ἐκπέμπει διὰ τῆς φάρυγγος ὄξειοβαρῆς καὶ βρομῶδες, ὡς καταλαμβάνεσθαι μὲν τὸν ὑπὲρ κεφαλῆς ἀέρα, τῶν δὲ ζῴων τὰ*

En el aspecto físico, a la crin señalada en el texto de Ateneo, Eliano añade una mayor definición de los rasgos que compondrían su anatomía. Así, la debilidad física y la ambigüedad de los autores del siglo I parece corregirse hasta el punto de recurrir en tres ocasiones a la figura del toro como analogía más próxima a la hora de describir el animal. Pero, sin duda, lo más interesante es que el detalle de la caracterización física incluye también sus ojos. Este elemento es de suma importancia, ya que si podemos describir esta parte del cuerpo es por un motivo evidente: el catoblepas ya no mata con la mirada, sino con su aliento. De este modo, la referencia inicial de Alejandro de Míndo se retoma ahora con Eliano que, al igual que él, alude a unos gestos con los que el animal apartaría la melena del rostro con anterioridad a provocar la muerte del que se encuentra próximo, pero, en este caso, por inhalar el aire contaminado de su interior. El autor aporta también el origen de este poder negándole el carácter fantasioso que había acompañado hasta el momento al catoblepas: el consumo de raíces venenosas. Estas serían las responsables de la exhalación de unos gases que contaminarían el aire próximo a su cabeza dotándolo de una naturaleza mortal. Por último, otro elemento que se intuía en Alejandro de Míndo se afirma con rotundidad en Eliano: el animal es consciente de sus cualidades mortíferas.

Como se ha podido observar, la mayoría de las referencias proceden del siglo I, ya que otras posteriores, como Solino, beberán directamente de las mismas. En este punto es necesario recordar que es en esta cronología cuando tienen lugar varias exploraciones con el objetivo de alcanzar las míticas fuentes del Nilo (SEN. *Nat.* 6.8; PLIN. *Nat.* 6. 181-188). Así, la parte meridional de la África conocida por aquel entonces constituía un territorio del que se estaba obteniendo gran cantidad de información, incluyendo, como no podía ser de otra manera, aquella relativa a la fauna de la región y a la que, naturalistas y geógrafos de la época como los señalados tendrían acceso de primera mano. A este respecto, el mayor grado de conocimiento del que dispondría Eliano sobre esta realidad, tal vez, sea consecuencia del avance de las interacciones del Imperio con estos territorios y, a su vez, lo que explique

πλησιάζοντα ἀναπνέοντα τοῦτον κακοῦσθαι σφόδρα, καὶ ἀφωνίαις τε καὶ σπασμοῖς θανατώδει περιπίπτειν, καὶ ἄνθρωπος εἰ παραπέσοι. συνήσῃ τε τῆς αὐτοῦ δυνάμεως ὄδε ὁ θῆρ· οἶδε δὲ αὐτὸν καὶ τὰ ζῶα, καὶ ὡς ὅτι πορρωτάτω ἀποδιδράσκει..

el mayor número de detalles que ofrece y las discrepancias que mantiene con los autores del siglo I.

No obstante, Eliano rara vez escribía a partir de observaciones directas y, de hecho, se decía que nunca había viajado fuera de Italia o que ni siquiera llegó a conocer el mar (PHILOSTR. 2. 31). En este sentido, a pesar de que su testimonio se asemeja en ciertos detalles a la descripción de Alejandro de Míndo, lo cierto es que se observan también discrepancias que parecen señalar a una fuente indirecta alternativa cuyo origen, en estos momentos, se nos escapa.

A lo largo de su obra, Eliano trata de mostrar como los animales tienen sentimientos, raciocinio y mecanismos de comprensión similares a los de las personas, aunque acordes a su naturaleza y a la función que los dioses les han reservado como elementos para castigar o premiar ciertas actitudes y comportamientos de los hombres. Para tal fin no duda en incorporar en sus descripciones determinados recursos literarios propios de las fábulas o los cuentos maravillosos que han provocado que muchos investigadores contemporáneos renieguen del valor científico de su obra.

Sin embargo, no debemos olvidar que, junto a ese componente literario e imaginativo, se esconde también un Eliano capaz de intuir ciertos elementos de la naturaleza que con el tiempo se han demostrado verídicos: las acciones con las que los cazones protegen a sus crías (AIL. *Anim.* 9. 65), la capacidad de regeneración anatómica de ciertos animales (AIL. *Anim.* 1. 27), la idea de evolución a través del ejemplo de las abejas (AIL. *Anim.* 1. 11), el carácter venenoso del acónito (AIL. *Anim.* 4. 49) o ciertas noticias de carácter etnográfico como la fabricación de harina de pescado (AIL. *Anim.* 17. 31) o la creación en la India de vinos a partir de arroz y caña de azúcar (AIL. *Anim.* 13. 8) que pueden hacer referencia a variedades antiguas de diferentes licores, como el ron o el sake.

A partir del análisis comparativo de las descripciones vistas hasta el momento y los estudios faunísticos de la África actual podemos extraer dos conclusiones. La primera es que la caracterización más completa y contrastada del animal se correspondería con el testimonio de Eliano. La segunda es que dicha descripción no remitiría a un recurso literario, fabuloso o fantasioso, sino a una realidad verídica que giraría en torno a la figura del ñu y a la enfermedad de la fiebre catarral maligna.

3. EL ÑU Y LA FIEBRE CATARRAL MALIGNA (FCM)

Si seguimos el testimonio de Eliano y tratamos de identificar, por analogía, a la criatura a la que se refiere e intentamos comprender la razón de las cualidades mortíferas de la misma, creemos posible esgrimir una hipótesis racional sobre la naturaleza de ambas realidades.

Por la geografía y las características físicas del animal resulta plausible identificar al catoblepas con una especie perteneciente a la familia *Artiodactyla Alcelaphinae*, cercana a las diferentes variantes de ñus que habitan en la actualidad el continente africano.

La proximidad fisiológica del catoblepas con el ñu se complementa si tenemos en cuenta una enfermedad característica de este animal, como es la fiebre catarral maligna (FCM) (Plowright, 1986; Whitaker *et al.*, 2007; Russell *et al.*, 2009; Rovid *et al.*, 2011: 166-177; Wambua *et al.*, 2016).

Se trata de una enfermedad asociada a varios virus del género *Rhadinovirus*, de la familia *Herpesviridae* y de la subfamilia *Gammaherpesvirinae*. En el caso concreto de los ñus, la especie portadora que con mayor facilidad la transmite, se identifica con el *Herpesvirus Alcelaphine 1* (AIHV-1), un virus generalizado en todas sus especies y que afecta tanto a aquellos individuos que habitan en medios naturales como a los que se crían en cautividad.

Este tipo de virus, en condiciones normales, no provoca la enfermedad del huésped o portador, pero sí que puede originar infecciones mortales a otras especies que entran en contacto con ellos. A raíz de los estudios realizados en las últimas décadas parece haber cierto consenso en identificar a las crías de los ñus como las principales responsables de la transmisión de una enfermedad que contraerían en el útero materno. Así, entre el mes y los dos meses de edad, estas expulsarían de su organismo el virus a través de secreciones nasales y oculares que contendrían células portadoras del AIHV-1, capaces de pervivir en el ambiente durante tres días e, incluso, trece si la humedad es elevada y la radiación solar baja.

Los síntomas que provoca la enfermedad se manifiestan a través de infecciones latentes y crónicas con consecuencias diferenciadas en función de la especie y del individuo que las contraigan, aunque siempre de rápida evolución y alta letalidad. Así se pueden observar fiebres repentinas y persistentes; episodios depresivos; congestiones severas, necrosis y erosiones de mucosas nasales y bucales; hipertrofias de

ganglios linfáticos; hiperestesias; convulsiones; diarreas o disenterías; dermatitis y úlceras, y también y con frecuencia, muertes súbitas. Entre todas estas patologías asociadas a la FCM se encontraría también la aparición de disneas y respiraciones dificultosas con la boca abierta que pueden asociarse con esas afonías de las que hablaba Eliano.

De este modo, es posible establecer bastantes analogías entre la letalidad de la mirada o aliento del catoblepas y la FCM de los ñus contemporáneos. Discrepancias como el aparente protagonismo de individuos adultos en las fuentes (la ambigüedad en este aspecto es omnipresente) frente a la realidad de la FCM, centrada en las crías o hembras parturientas no tiene por qué constituir contradicción alguna. Estamos ante animales que habitan en grupos en continuo movimiento y, teniendo en cuenta las características de supervivencia señaladas para el virus, es prácticamente imposible identificar sin análisis científicos previos quien es el transmisor real del mismo.

Por otro lado, la vinculación de la muerte producida por el catoblepas a la mirada o al aliento, encuentra una explicación semejante a la anterior, pero en este punto debemos tener en cuenta que estudios como los de Plowright (1986) sostienen que la FCM puede ser transmitida también por el aire. Con todo, lo más probable es que en la antigüedad como en la actualidad, los autores se estuvieran refiriendo a una transmisión producida por el contacto directo con el pasto del que se alimentaban los animales y no tanto por una proximidad física con ellos.

4. CONCLUSIONES

La constatación de enfermedades de difícil o imposible explicación han constituido desde el inicio de la humanidad una fuente de especulaciones y argumentos con los que las personas han tratado de asimilarlas, comprenderlas y prevenirlas. A través de ellas se configuran relatos que, en determinadas circunstancias, pueden desencadenar en construcciones míticas o legendarias que, en el fondo, tratan de unir diferentes respuestas a un problema que es necesario solucionar. Estas narraciones constituyen, en definitiva, un intento de poner orden y control en aquello que no lo tiene, al tiempo que dota a la realidad a la que se refiere de una significancia y trascendencia humana.

Por otro lado, las creencias, a diferencia de los hechos constatables y comprobables, parten de una realidad imprecisa y, por lo tanto, expuesta a modificaciones y alteraciones constantes que pueden variar de un

individuo a otro y de la perspectiva cultural desde la que se reciba. Esto hace que los relatos en los que se insieren las creencias se conviertan en símbolos cambiantes que concentran diferentes intencionalidades y analogías difíciles de interpretar al destacar significantes que muchas veces distan del significado al que, desde nuestra posición actual, creemos que apuntan.

Como decía Ricoeur (1982), a la hora de comprender cualquier realidad simbólica debemos creer para poder comprender, es decir, tratar de ver aquello que las fuentes nos indican desde la posición y la perspectiva del que nos la transmite y abandonar la idea de que lo fantástico e imposible es, simplemente, un invento o algo irreal.

Al analizar relatos como los relativos al catoblepas, lo que hacemos es un procedimiento totalmente inverso al de su constitución: deshacemos construcciones, metáforas e imágenes simbólicas con la intención de descubrir los estímulos que dieron pie a la formulación de las preguntas y las respuestas que trataban de asimilarlos.

El catoblepas, cuya propia denominación ya evidencia una interpretación grecorromana de un animal presente en África, constituye un buen ejemplo de esta realidad. Su presencia era asociada a la muerte incomprensible de otras criaturas que interaccionaban de alguna u otra manera con ella, pudiendo haber afectado también a seres humanos o, simplemente, temerse que fuera capaz de hacerlo. La imposibilidad de definir las causas de estos hechos dio lugar a la formulación de eventuales hipótesis explicativas que, en su lugar de origen, podrían haber llegado a constituir algún tipo de mito o leyenda que, por desgracia, hoy en día desconocemos. Solo podemos aproximarnos a la visión que los romanos de época imperial tenían de lo que ellos denominaban catoblepas y no estamos en condiciones de afirmar que sus narraciones recojan estas creencias locales ni que se inspiren en ellas.

No obstante, en vista del análisis esgrimido consideramos que lo que desde hace siglos se ha asimilado como un relato fantástico, es posible que se fundamente en una realidad explicable con los datos que disponemos en la actualidad y que tendría como protagonistas a los ñus y a su enfermedad de la fiebre catarral maligna (FCM).

BIBLIOGRAFÍA

- Alvar Nuño, Antón (2010), *El mal de ojo en el occidente romano: materiales de Italia, norte de África, península ibérica y Galia*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Bascom, William Russell (1965), “The Forms of Folklore: Prose Narratives”, *The Journal of American Folklore*, 78 (307), pp. 3-20.
- Plowright, Walter (1986), “Fiebre catarral maligna”, *Rev. sci. tech. Off. int. Epiz.*, 5 (4), pp. 939-958.
- Ricoeur, Paul (1982), *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Taurus.
- Rovid, Anna; Roth, James; Galyon, Jane; Lofstedt, Jeanne y Lenardón, María Victoria (eds.) (2011), *Enfermedades emergentes y exóticas de los animales*, Iowa State University, Publicaciones ISU.
- Russell, George; Stewart, James y Haig, David (2009), “Malignant catarrhal fever: a review”, *The Veterinary Journal*, 179, pp. 324-335.
- Wambua, Lillian; Wambua, Peninah; Remogo, Allan; Mijeje, Dominic y Otiende, Moses (2016), “Wildebbeest-associated malignant catarrhal fever: perspectives for integrated control of a lymphoproliferative disease of cattle in sub-Saharan Africa”, *Archives of virology*, 161 (1), pp. 1-10.
- Whitaker, Kate; Wessels, Mark; Campbell, Iris y Russel, George (2007), “Outbreak of wildebeest-associated malignant catarrhal fever in Ankole cattle”, *Vet Rec.*, 161, pp. 692-695.